

**Joseph Ratzinger, Cardenal: MI VIDA - RECUERDOS  
(1927-1977) (\*)**

Con motivo de la concesión del Doctorado *honoris causa* por la Universidad de Navarra, Facultad de Teología, al Cardenal Ratzinger, actual Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe, e íntimo colaborador de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, el propio Cardenal presentó en Pamplona, el día 2 de febrero de 1998, su libro de *Recuerdos*. Una breve autobiografía que abarca desde su nacimiento en Marktl, junto al Inn, en Baviera, el 16 de abril de 1927, hasta su consagración como Arzobispo de Munich y Frising, en la vigilia de Pentecostés de 1977. Entre ambas épocas, los años de infancia —una niñez apacible en una familia cristiana que comenzaba a luchar por defender su fe católica frente al paganismo nacionalsocialista—; los del período escolar en Aschau —en los que comenzó a percibir las alegrías de la fe y admirar la inagotable realidad de la liturgia católica, “mi compañera —escribe— a lo largo de toda mi vida”—; los de bachillerato en Traunstein —unos estudios alternados entre la paz idílica de la granja familiar, la entrada en el Seminario (1939), y el “bronco rumor de la historia mundial”—; y los años del servicio militar y de prisión, como soldado alemán, por los aliados vencedores en la II Guerra Mundial —el entonces estudiante Ratzinger prestó servicios en antiaéreos y en transmisiones y en un batallón de infantería; terminada la guerra e internado en un campo de concentración hasta junio de 1945 en que “encontró en sus manos la hoja de libertad” en zona americana. Sus estudios filosóficos en el Seminario de Frising, y teológicos en Munich, estuvieron entreverados con la lectura —insaciable, dice— de los libros de Dostoievski, Claudel, Bermanos, Mauriac, Gertrude von le Fort, Guardini, Pieper, Häcker y Peter Wüst, entre otros famosos autores, y con el conocimiento —fueron profesores de Ratzinger— de maestros de Facultades católicas como Stummer, Seppet, Schmaus, Maier, Faulhaber, Barth, Brunner y Pacher, que marcaron profundamente el pensamiento del alumno. En dos vertien-

(\*) Ed. Encuentro, Madrid, 1997, 133 págs.

tes especialmente: en la litúrgica y en la novotestamentaria. Dice aquí el Cardenal: "Así como había aprendido a comprender el Nuevo Testamento como alma de toda la teología, del mismo modo entendí la liturgia como el fundamento de la vida, sin la cual ésta acabaría por secarse".

Fueron estos años intensos y apasionados, en los que el dogma no era sentido como un vínculo exterior, sino como la fuente vital que posibilitaba nuevos conocimientos. "La Iglesia —escribe también— estaba para nosotros viva, sobre todo en la liturgia y en la gran riqueza de la tradición teológica. En Munich "se hacía teología en forma crítica pero creyente".

En el verano de 1950, terminados los estudios teológicos, Ratzinger entra, puede decirse, en la docencia a través de un trabajo titulado "Pueblo y casa de Dios en la enseñanza sobre la Iglesia de San Agustín", santo al que el Cardenal califica como su "gran maestro". Un año después el Cardenal Faulhaber le ordena sacerdote —"un espléndido día de verano que permanece inolvidable como el momento más importante de mi vida"— y comienza su ministerio como coadjutor en una Parroquia de Munich; prontamente interrumpido, al año siguiente, para reanudar sus trabajos intelectuales, ya como profesor, en el Seminario de Flesing, y preparar y lograr el doctorado de Teología, tras unas pruebas durísimas, en julio de 1953.

Son muy interesantes los capítulos siguientes del libro aquí recensionado, y muy, como diríamos, dentro de la tradición y rigor científico que distingue a los profesores germánicos, sean cualesquiera las disciplinas que profesen. Ratzinger nos cuenta los avatares —verdaderas aventuras intelectuales, unas internas, las de su mente; y otras a la par de las de sus colegas, filósofos y teólogos, católicos, protestantes o agnósticos, en las cátedras de diversas Universidades alemanas: Frisinga (donde consiguió la habilitación con un trabajo sobre el concepto de la revelación y la teología de la Historia en San Buenaventura, que le enfrentó con Schmaus), Bonn, (donde ocupó la cátedra de teología fundamental, desde 1959 hasta 1963), Münster (1963-1966), Tubinga (1966-1967, cátedra de dogmática) y Ratisbona, en su Baviera natal. En todos estos traslados y en el desempeño de las diversas

cátedras, no le faltaron a Ratzinger complicaciones por falta de entendimiento, tanto con jerarquías —así con el Cardenal Wendel, arzobispo de Munich, antecesor del propio Ratzinger—, o por polémicas con titulares de otras cátedras: Häcker, Rahner, Geiselman y Hans Küng. La amistad con cada uno de éstos no impidió que, en algunos casos, con el suceder de los eventos teológicos y eclesiales, sus caminos fueran en direcciones separadas, sobre todo a partir del gran momento del Concilio Vaticano II, al que Ratzinger acudió primeramente como asesor del Cardenal Frings, Arzobispo de Colonia, y, en la segunda fase como perito teólogo del Concilio mismo. Vivamente recuerda Ratzinger sus encuentros con grandes personalidades como Henri de Lubac, Jean Daniélou, Yves Congar, Gerard Philips, así como con obispos de todos los continentes; encuentros y conversaciones en los que el drama teológico-eclesial de aquellos años estaba presente y que el autor en este libro de su vida solamente alude en dos puntos: el de la fe y el de la relación Iglesia-mundo. Si en el primer período conciliar Ratzinger se sintió “sostenido aún por el sentimiento de gozosa renovación que reinaba por doquier”, en el segundo período “experimentaba una profunda inquietud frente al cambio que se había producido en el interior del clima eclesial y que era cada vez más evidente”. Pues, “el Concilio parecía asemejarse a un gran parlamento eclesial, que podía cambiarlo todo y revolucionar cada cosa a su manera. Las discusiones conciliares eran presentadas cada vez más según el esquema de partidos (políticos) típico del parlamentarismo moderno”. Fue entonces cuando pronunció en la Universidad de Munster su famosa conferencia sobre la verdadera y falsa renovación de la Iglesia, y cuando, por otras intervenciones en el mismo sentido de defensa de la Tradición contra la Revolución —si así pudieran calificarse las posturas entonces, y ahora, contrapuestas—, Ratzinger cambió, según sus críticos, de “progresista” a “conservador”. Más adelante, a fines de 1968, ya de titular de la segunda cátedra de dogmática en Ratisbona, fue llamado a formar parte de la Pontificia Comisión Teológica Internacional, intervino en la fundación de la revista *Communio* y en las discusiones y discursos teológicos que proliferaron en los años siguientes al Concilio.

La apertura de Ratzinger respecto a todo ello, tal vez se encuentre sintetizada al tratar de la liturgia, y de la prohibición casi completa del "Missale Romanum", que llevó a unas consecuencias que "sólo podían ser trágicas". "Estoy convencido —escribe Ratzinger— de que la crisis eclesial en la que nos encontramos hoy depende en gran parte del hundimiento de la liturgia que a veces se concibe directamente '*etsi Deus non daretur*': como si en ella ya no importase si hay Dios y si nos habla y nos escucha. Pero si en la liturgia no aparece ya la comunión de la fe, la unidad universal de la Iglesia y de su historia, el misterio del Cristo viviente, ¿dónde hace acto de presencia la Iglesia en su sustancia espiritual? Entonces la comunidad se celebra sólo a sí misma, que es algo que no vale la pena. Y dado que la comunidad en sí misma no tiene subsistencia sino que, en cuanto unidad tiene origen por la fe del Señor mismo, se hace inevitable en estas condiciones que se llegue a la disolución en partidos de todo tipo, a la contraposición partidaria en una Iglesia que se desgarra a sí misma. Por todo esto tenemos necesidad de un nuevo movimiento litúrgico que haga revivir la verdadera herencia del Concilio Vaticano II".

Los recuerdos del autor del libro finalizan con su nombramiento de Arzobispo y la consagración episcopal en 1977. Antes, en diversos capítulos, relata sucesos familiares entreverados poéticamente —nostalgia evocadora— con los paisajes de su Patria. En las últimas páginas explica su emblema y blasón pastorales: "Cooperatores veritatis" (colaborador de la verdad), tomado de la tercera epístola de San Juan, y los símbolos —una concha y un oso— en que glosa pasajes de San Agustín: la concha, signo de nuestro ser peregrinos, de nuestro estar en camino; el oso, con la carga que le impuso Corbiniano, fundador de la diócesis de Frisinga, y que el animal, convertido en bestia de carga contra su voluntad, llevó hasta Roma, expresa el peso que sustenta en su actual tarea. De profesor universitario y del ministerio pastoral pasó a ser, en el servicio de Dios, "ut iumentum". "Yo —termina el libro con estas palabras— he llevado mi equipaje a Roma y desde hace ya varios años (1981) camino con mi carga por las calles de la Ciudad Eterna. Cuándo seré puesto en libertad, no lo sé, pero sé que también para mí sirve que: «me he convertido en una bestia de carga y, precisamente así, estoy contigo»".

Libro evocador, autorretrato de una inteligencia profunda, de una vida que el autor limita al pasado, pues —subraya— "el presente no es una determinada fecha, sino el ahora de una vida, que puede ser largo o breve". Un ahora, por otra parte, del que el lector puede enterarse a través de las páginas de otro libro en que se condensan las conversaciones sostenidas con el Cardenal Ratzinger por Peter Seewald (*La sal de la tierra / Cristianismo e Iglesia católica ante el nuevo milenio*, Ed. Palabra, Madrid, 1997) y que resumen el auténtico drama de la historia, cual es que siempre, en todos los frentes —el de las personas individuales, el de las familias, el de los pueblos y naciones—, al final aparece el mismo planteamiento: un sí o un no al amor. Y Dios quiere que amemos, que seamos imagen y semejanza suya. Sólo así hace que el hombre se encuentre a sí mismo y que sea como debe ser.

Un lenguaje sencillo ("*simple ratio veritas*"), en una traducción castellana muy buena, un formato útil, bien presentado, hacen, además de su contenido, un libro que sin duda será leído y releído. Con palabras de Séneca: "*Veritas una vis, una facies est*", la fuerza de la verdad es una sola, uno solo su aspecto.

JAVIER NAGORE YÁRNOZ

## DOS LIBROS FRENTE A UNA MANIOBRA REPUGNANTE

*Manuel Nieto Cumplido y Luis Enrique Sánchez García: LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN CÓRDOBA (1931-1939)* (\*)

y *José Luis Alfaya: COMO UN RÍO DE FUEGO.*

MADRID, 1936 (\*\*)

Los estudiosos de la teología de la historia dicen que cuando Nuestro Señor permite males al mismo tiempo envía los correspondientes remedios. Esta ley se ha cumplido en las primeras semanas de 1998.

(\*) Edición del Excmo. Dean y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, Córdoba, 1998, 4.º, tcla, 1019 págs., fotos, 4.800 pesetas.

(\*\*) Ediciones Internacionales Universitarias. Barcelona, 1998, 4.º, cartoné, 315 págs., 2.500 pesetas.